



XVI
Congreso Nacional de
Investigación Educativa
CNIE-2021

Microfísica sexista de la violencia masculina en la universidad. El chiste como estrategia y hostigamiento

Mauricio Zabalgoitia Herrera

Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación
Universidad Nacional Autónoma de México
mauricio.zabalgoitia@gmail.com

Área temática 15. Convivencia, disciplina y violencia en las escuelas.

Línea temática: Violencia de género. Violencia por motivos de género y contra las mujeres. Diversidad, identidad de género y violencia. Masculinidades y violencia.

Tipo de ponencia: Aportación teórica.



Resumen

En este trabajo se aborda la construcción “sexismo en la universidad” como categoría situada a partir de estudios sobre la violencia en la universidad con perspectiva crítica de feminismo. En esta línea, se puntualiza la noción “hostigamiento” en el marco de una comprensión de las violencias como parte de un continuo que engloba expresiones macro y microfísicas, abordándose este último extremo desde el punto de vista de algunas aportaciones de las masculinidades críticas, así como en intersección con la propuesta de mandatos a la luz del pensamiento de Rita Segato. Se cierra con una lectura del uso del chiste por parte de docentes, a partir de un ejemplo reciente en la UNAM, como forma elaborada de microfísica sexista, la cual enlaza a una diversidad de recursos. Estos aseguran el mantenimiento, operatividad y efectividad de un orden sexual violento de control masculino.

Palabras clave: *sexismo, universidad, hostigamiento, masculinidades, microfísica sexista.*

Sexismo en la universidad

Las lecturas críticas con perspectiva de género y feminismo han venido mirando a las IES y universidades con especial insistencia en aquellas formas de violencia que acontecen diariamente, bajo rituales y costumbres que operan tanto en las relaciones formales o informales de la vida estudiantil y laboral en la universidad. Estas se han leído como normalizadas, naturalizadas, cotidianas o incluso imperceptibles, pero apuntándose a un nivel micro tanto en la interacción social como en la práctica específica o sistematizada.

En esta deriva se han diferenciado construcciones como las denominadas misoginia y sexismo. Así, para A. Mingo y H. Moreno, la primera expresa de “manera activa [...] la inferiorización de las mujeres, así como las causas y consecuencias de su lugar simbólico y social a partir de un discurso mítico [y] sobrenatural” (2017: 572). En cambio, el sexismo proviene de alguna suerte de racionalismo, acogiéndose, igualmente, a una idea de naturaleza para producir el mismo efecto: “legitimar en las prácticas sociales la condición de sujeción y subordinación de las mujeres” (2017: 572). Es así como el sexismo, más que una ideología o cultura, es un constructo que opera en una diversidad de ámbitos, niveles y a partir de muy diversas formas, pues está en lo verbal y lo corporal, teniendo por efecto, entre otras cuestiones, el mantenimiento de la creencia en la “supremacía masculina” (572). Esta, amparada por nociones amplias como “dominación masculina” u “orden de género”, conlleva el que en la base de las relaciones sociales de poder subsista la exclusión de las mujeres, una noción restrictiva y desequilibrada de la diferencia sexual, así como la organización del mundo bajo lógicas que establecen jerarquías, normas e ideales restrictivos que se perpetúan mediante formas violentas. De ahí que el sexismo trate acerca de “actos significativos” cuyo fin es vulnerar y “posicionar a las mujeres en el plano de las cosas”; en una instrumentalización que las sitúa como “seres deficientes que requieren tutela” (572).

El sexismo en las universidades se encuentra en la raíz de todas las relaciones bajo el funcionamiento de diversos dispositivos –verbales, retóricos, pedagógicos, organizacionales, académicos– que amparan, en formas más o menos reconocidas, al “orden de género en interacciones cotidianas” (Mingo y Moreno, 2019: 14). Como estructura vigente y resistente replica muchos de los efectos que ocurren en otros espacios de la vida, como minar el campo de acción de las mujeres, restringiendo su lugar social y espacio físico y emocional, así como alcances y aspiraciones (Mingo y Moreno, 2017: 573). Esta lógica se da en la interacción diaria, aunque con niveles y formas que van de un simple gesto a construcciones discursivas más complejas –como el chiste–, llegando a expresiones de carácter físico. Esta cotidianidad se aprovecha del carácter tradicional o ritual que adquiere al ser leída como “cultura”, de ahí que gran parte de sus formas parezcan no merecer atención, y no constituyen un tema; un acontecimiento. Esta cuestión, la del acontecimiento, se suma a la órbita en la que el sexismo se comprende dentro expresiones a la vez performativas y performáticas. Así lo leen Mingo y Moreno, como una “continuidad entre actos, actitudes y palabras” que trabaja como un “sistema de significación relativamente codificado”, siguiendo a J. Butler (2017: 573).

Hostigamiento, una estrategia destacada

Si el sexismo es una estructura compleja, cuyo ejercicio deja marcas tanto en la interacción cotidiana como en procesos más amplios, el hostigamiento es una de sus estrategias más eficientes. De acuerdo con el *Glosario para la igualdad* (INMUJERES) este abarca los comportamientos que resulten ofensivos, incómodos o humillantes, y que nieguen a una persona dignidad y respeto. Su carácter conlleva un componente sexual, a quienes más afecta es a las mujeres (s/p.), e incluye toda “acción que va dirigida a exigir, manipular, coaccionar o chantajear sexualmente a personas del sexo opuesto o del mismo sexo”. Esto provoca “efectos perjudiciales en el ambiente laboral y educativo, afectando el desempeño y cumplimiento, así como el bienestar personal” (Larralde y Ugalde en Buquet et al. 2013: 13; en nota).

Desde las lecturas feministas se distinguen dos formas. Una conlleva economía instrumental, pues opera mediante una dinámica de “premio/castigo donde se intercambian favores sexuales a cambio de beneficios”; ahí la negación conlleva represalias (Buquet et al. 2013: 302), como una mala calificación, el quedar fuera de un equipo, el no acceder a un puesto o a los lugares de toma de decisión, el no graduarse o el entorpecer procesos como los de un examen profesional o de grado, etc. La otra adquiere la forma de un clima “clima frío” (cfr. Mingo y Moreno, 2017: 574) que se manifiesta en ambientes marcados por hostilidad, referencias obscenas y actitudes con carácter sexual (Buquet et al., 2013: 302).

En un trabajo del 2015 (Hernández, Jiménez y Guadarrama, 2015) se reportó acerca de la percepción de hostigamiento y acoso sexual (HAS) hacia mujeres estudiantes en dos IES (el IPN y un Tecnológico Federal). Entre una diversidad de expresiones –que incluyen tanto a docentes como compañeros–, así como una alta recurrencia, se identificaron una serie de prácticas regulares, como gestos y miradas lascivas; comentarios obscenos; chistes sexistas y degradantes; piropos incómodos; llamadas telefónicas, mensajes y correos electrónicos; invitaciones a salir; acercamientos corporales, caricias no deseadas; relaciones sexuales a cambio de favores académicos o económicos; preguntas sobre la vida sexual; citas en lugares; besos o abrazos no deseados; uso violento de redes sociodigitales; referencias a la forma de vestir, hablar o actuar; uso de la sexualidad para conseguir calificaciones (2015, en tabla: 72). Las citas impertinentes propuestas por docentes para obtener favores sexuales son las que presentan una incidencia mayor. Entre las conclusiones se destacan el miedo institucional a las denuncias y señalamientos, y por ende la falta de protocolos y políticas eficientes; la perpetuación de ambientes, como lo que llaman “pasillo hostil” (78), en los tránsitos de la vida universitaria; incremento de los medios digitales para replicar y perfeccionar el HAS; y una base de protección, solapamiento y ánimo entre varones.

Mingo y Moreno sustentan el carácter performativo de las estrategias de sexismo con cinco casos. Aquí, nuevamente, se va de algo que se hace pasar por inofensivo hasta un nivel cuyos efectos dejan marcas mucho más visibles en la vida-desempeño de la mujer. El primer caso es el de un profesor de Ingeniería que usa el ejemplo del funcionamiento de una lavadora para que la única mujer de la clase lo comprenda. El segundo es el

de una afirmación abiertamente sexista en una nutrida clase de Economía –una referencia a la importancia del apellido del padre, que siempre “debe ir primero [...] porque es la cabeza y el más importante” (2017: 581)—; los otros son de índole abiertamente sexual, en donde el HAS trabaja como economía de amenaza e intercambio en relaciones laborales de las IES (cfr. Mingo y Moreno, 2017).

En todos los casos una base sexual aparece como interlocución. De ahí que se pueda argumentar que la operatividad de la microfísica sexista funciona como una politización de la sexualidad, y como una sexualización constante del orden de género, amparadas en las antiguas mitologías que le confieren a la mujer un rol de pasividad y de sumisión, así como un lugar subalterno en el cortejo de caza y convencimiento. Una suerte de ambigüedad ante la potencia y acción de los varones, en donde sólo ellos son capaces de descifrar los códigos del deseo, de acuerdo con los mecanismos instaurados por las categorías y creencias occidentales. El uso del chiste sexista en la educación es parte de esta construcción.

El nivel micro y las masculinidades

Dentro del campo de estudio de las masculinidades, algunas de las versiones más atentas a las violencias igualmente han apuntado al nivel micro. En la teoría de los “actos de hombría” (Schwalbe y Schrock, 2009; Schwalbe, 2014) la atención se centra en actos cotidianos y específicos mediante los cuales los “actores de la masculinidad” configuran los sentidos que les aseguran su pertenencia a una suerte de “membresía”, a la categoría “hombre”. Con esto obtienen y reclaman privilegios (Schwalbe en Morris y Ratajczak, 2019: 1991), y se presentan al mundo como una “esencia creíble” (2019: 279), reproduciendo con esto la obligatoriedad que la inequidad de género exige como orden. En esta lectura, tal inversión cotidiana de energía –cifrada en gestos, poses, vestimenta, enunciados, imperativos y estrategias— funciona bajo la aprobación, guía y consejo de otros varones. Estas formas de ser y ver el mundo se aprenden con la cuidada reiteración de un nivel micropolítico (2019: 281), mediante la exigencia de una cuidada autorregulación –de emociones, afectos y expresiones— y la configuración de jerarquías, cuyos rangos van de niveles bajos a posiciones altas, logradas bajo la muestra constante del uso de la violencia sexista. La masculinidad-heterosexualidad se significa como una investidura que exige al sexismo como norma, siendo su marca más perceptible los comentarios lascivos, chistes y alusiones al acoso y a la violación (Renold y Messner en Schwalbe y Schrock, 2019: 282), así como una retórica expresiva de homofobia. También es un sistema que organiza y clasifica a “chicos buenos” frente a los “malos” (Pascoe y Hollander, 2015).

El punto de vista teórico del “apoyo entre pares masculinos” (DeKeseredy, 1990) surge ante un repunte de violencia sexual en IES de EUA durante los años 90. En estos estudios se revela el carácter predominante y esencial que diversas formas de alianza entre varones cumplen frente a la pregunta acerca de qué es lo que hace que un estudiante se convierta en un abusador o violador. La respuesta señala a formas de apego y apoyo mediante recursos –discursivos, fraternos y materiales— que algunos hombres se proveen, animando o

legitimando el abuso sobre las mujeres (1990:130), u otras identidades sexogenéricas. Estos operan, una vez más, tanto en un nivel cotidiano de socialización –en chistes, historias sexuales compartidas, anécdotas acerca de la supremacía y potencia—, llegando hasta la justificación grupal de acciones o la exigencia de pruebas de violencia sexual para pertenecer a un clan. Este nivel, el de la asociación, resulta, así, determinante, ya que no sólo asegura estrategias de protección, sino que otorga un vocabulario extenso para animar, normalizar y legitimar al abuso, sea psicológico, simbólico, físico o sexual. El perfeccionamiento de esta suma de recursos de la masculinidad lo ofrecen las “subculturas masculinas” (Leslie en DeKeseredy, 1990: 130), muchas de las cuales profesan el mito de la violación como recurso de vida.

Rita Segato, a lo largo de tres momentos puntuales en la deriva de su pensamiento (2003; 2016 y 2018), ha configurado una noción articulada de violencia a partir de un mandato de violación que trabaja para, hacia o desde un mandato de masculinidad. En un breve vistazo, este se construye en dos ejes. En el primero el violador mira a su víctima como un moralizador. Su acto es disciplinador y de venganza frente a aquellas mujeres que se han salido de la norma, por ejemplo ejerciendo una sexualidad “libre”. Esto pone en riesgo al orden de género en el que el varón rige las normas. El otro, el que trabaja horizontalmente, apunta, una vez más, a los compañeros de la masculinidad. Ahí el acto es uno de exhibición de fuerza y virilidad ante una comunidad tejida por pares masculinos, con lo que se gana y preserva un lugar. Se puede considerar que se trata de una potencia sexual que no sólo se da en el acto cruento, sino que ya está presente –como energía vital— en la garantía de su uso; bajo promesas constantes que citan su existencia y el hecho de que siempre pueda utilizarse. El chiste sexista es un claro ejemplo, pues el mandato de masculinidad pide que el poder sea expresado y consolidado ante lo público. Se trata de una violencia más expresiva que instrumental (Segato, 2019: 18). Es una violencia que deja marcas; huellas; que se inscribe en la geografía –o en el ambiente—. En todo caso, las dos condiciones –la de expresión y estructura— nos permiten pensar en la violencia como dentro de un continuo de género soportado, mantenido y renovado por esos diversos mandatos masculinidad.

La propuesta de concebir a las violencias dentro de un continuo es amplia desde lecturas y teorías feministas y de género (Kenway y Fitzclarence, 1997; Kimmel, 2017; O’Toole, Schiffman y Edwards, 2007). En estas perspectivas la violencia funciona dentro de un proceso ininterrumpido de género cuya función es mantener la asimetría de los poderes. El mandato de masculinidad, de hecho, parece anudar estas percepciones ahí en donde “[l]a masculinidad está más disponible para la crueldad porque la socialización y entrenamiento para la vida del sujeto que deberá cargar el fardo [...] lo obliga a desarrollar una afinidad significativa [...] entre masculinidad y guerra [...] entre masculinidad y distanciamiento [y] baja empatía”. Con esto, “[e]l hombre que responde y obedece al mandato de masculinidad se instala en el pedestal de la ley y se atribuye el derecho de punir a la mujer” (Segato, 2019: 28). Se trata de una serie de exigencias que piden comprobación, como el uso de un código sexista en las interacciones.

Estas pruebas en la universidad se dan mediante esos actos y marcas que el sexismo deja a través de una suerte de escala (Mingo y Moreno, 2015: 141) que opera desde “los actos más escurridizos” (142) –mirar, insinuar, rozar—. Formas medias, como sugerir, avergonzar, señalar. Expresiones que van subiendo el tono, como ofrecer beneficios a cambio de una cita, un beso, una relación. Llegando al punto alto en amenazas, coerciones y uso de la fuerza (cfr. Mingó y Moreno, 2015). La constante vuelve a ser, parece, una “potencia sexual” que se debe al mandato que tiene por fin el dominio de ellas, pero que a quienes apela es a ellos.

Microfísica y chiste sexista en la clase universitaria

L. Bonino ha señalado a los micromachismos como una funcional aportación para comprender a las formas de sexismo que operan en la vida cotidiana. Para él, la relación que estas prácticas guardan con las “grandes violencias” (2014: 1) radica ahí en donde constituyen las “armas, trucos, tretas y trampas más frecuentes que los varones utilizan actualmente para ejercer su ‘autoridad’ sobre las mujeres” (2014: 1). El punto de vista de la masculinidad aparece ahí en donde se presentan como “dispositivos mentales y corporales incorporados y automatizados en el proceso de ‘hacerse hombres’” (1; comillas de original). La experiencia en su uso se adquiere bajo los principios que establecen las relaciones de género; es decir, ese ordenamiento mayor desde el que se organiza la vida. Para Bonino es importante nombrar a estas formas para así visibilizarlas. Sin embargo, parece que la cuestión de configurar una nomenclatura, y de hecho una suerte de taxonomía, puede ser de mucha más efectividad. Para R. Segato, el desarrollar y formular retóricas desde los feminismos –y otras vertientes teóricas atentas al orden de género y las violencias— constituye una nueva forma de hacer política, pues “los nombres son poderosos” (en Pichel, 2019, s/p).

Bonino adelanta una clasificación. Con esto, las expresiones concebidas como micromachismos pueden tener un carácter utilitario, ahí en donde su función es evitar responsabilidades; son un “dejar de hacer” y delegar funciones. Se presentan con claridad en lo doméstico, pero también en otros espacios en los que se abusa de las supuestas “capacidades femeninas” –el cuidado, lo afectivo, su natural disposición al servicio— (2014: 2). Los segundos son los encubiertos, cuya efectividad radica en lo insidiosos y sutiles que llegan a ser. Su objetivo es mantener el dominio e imposición desde lo que se defiende como verdades masculinas, y trabajan en la órbita de coartar a la mujer, de orillarla a hacer lo que ella no quiere. Pasan por el silencio, el aislamiento, el uso de un malhumor manipulativo. Por usos específicos de comunicación –defensiva-ofensiva, engaños, mentiras—; paternalismo, culpabilización, infantilización (2-3).

En un tercer nivel están aquellos “de crisis”; es decir, los que se activan en momentos en los que el orden masculino se ve amenazado, sea en lo cotidiano o en procesos más amplios, como sucede ahora con el ascenso de los feminismos y las denuncias generalizadas de estructuras sexistas, las violencias que nombran y sus efectos. Tienen por finalidad el mantenimiento del statu quo, por lo que se activan cuando el varón cree estar perdiendo el control, beneficios o estatus. Se identifican por hipercontrol, pseudoapoyo, resistencia pasiva, crítica de los

“estilos femeninos”, promesas, pretextos (Bonino, 2014: 3) –p. ej., para puestos, comisiones, nombramientos, premios—. En el último puesto de esta escala están los coercitivos, que conllevan uso de fuerza moral, psíquica o económica para doblegar, limitar libertades, expoliar pensamientos, restringir decisiones. Incluyen coacción en la comunicación, uso expansivo y abusivo del espacio o del tiempo. En conjunto, entre los diversos efectos que implican en las mujeres –o quienes los reciben sistemáticamente– se encuentran factores tan amplios como el sobreesfuerzo psicofísico, inhibición de capacidades, deterioro de la autoestima, hartazgo, dependencia, revictimización, guerras frías, etc. (3).

A manera de cierre proponemos renombrar, clasificar y dimensionar la alta y efectiva funcionalidad de una práctica de microfísica sexista de enorme popularidad y recurrencia en las IES, y así también en universidades de prestigio reconocido, como la UNAM. Se trata del chiste “picante” o “subido de tono”, que bajo la perspectiva aquí planteada podemos nombrar como “chiste sexista con contenido sexual denigrante para la mujer o de promesa de violación”. Estos pueden ir desde simples juegos de palabras o configurar narrativas más amplias. Como los casos recientes lo demuestran, su uso y recurrencia es de alto grado. Durante el 2020, año de la pandemia, dos profesores de la UNAM fueron evidenciados en redes sociodigitales. Uno de ellos, profesor de la Facultad de Química, aprovechó el espacio de la clase digital para hablar de dos tipos de mujeres –“niñas”, las llama—. Una de ellas, que era conocida como la “mufla de oro”, pues “era la que más novios tenía y la más ardiente de todas”. Otra es aquella “niña que con unos golpes aflojaba, como las bolsas de hielo”. Esta mención es precedida por una presentación personal: “*Hay viene la parte fea y corriente que soy*” (unotv, s/p.; cursivas son nuestras). A continuación, a los varones de la clase les pregunta qué hacen ellos para aflojar a las bolsas de hielo (unotv, s/p.). En las notas periodísticas se habla de comentarios misóginos o machistas. En el comunicado oficial se habla de comentarios sexistas y misóginos; también de múltiples actos considerados como violencia de género, que provocaron la indignación de las alumnas (unotv, s/p.).

Como forma elaborada y compleja, si estas prácticas discursivas son vistas como micromachismos pensamos que cubren el total del espectro de clasificación. Esto es, son utilitarios, pues al interior del aula cumplen con la función de recordar que la mujer, antes que cualquier otra cosa, incluidos los roles y estereotipos de género, es sexualidad, es cuerpo, es carne. Ahora, es su carácter de subgénero popular discursivo –el del chiste– el que lo hace pasar por “inofensivo”; el que lo “encubre” como forma de tradición o de humor. Llama la atención la afirmación que hace antes, esa *parte fea y vulgar que él es*, pues con este marcaje en el performance de la clase y el carácter performativo del discurso, el profesor se está ubicando dentro de esa estructura que lo avala como una forma de *ser masculinidad*, que además indica quién es él dentro de la estructura sexista.

Ahora, como prácticas coercitivas estos dichos cumplen con la finalidad de la amenaza. Dentro del continuo de violencias recuerdan a la mujer, sobre todo el caso de la bolsa de hielo, que la violencia que todo hombre posee como poder inherente es el del uso de la fuerza física para obtener lo que él quiere; y que esta puede usarse, igualmente, dentro de una escala: desde golpecitos hasta fuerza extrema, dependiendo de la dureza del hielo;

es decir, la resistencia que la mujer presente. Con esto, de lo que se está hablando –lo que se dice sin decir— es de violación. Este ejemplo pasa, así, de ser inofensivo a ser un recurso funcional del mandato de masculinidad, pues su campo de acción se ve en esos dos ángulos que Segato le atribuye a la violencia. Por un lado, el vertical, pues el profesor se dirige a ellas, recordándoles su fuerza-potencia-sexualidad como hombre siempre capaz de reprender. Por otro, les habla a ellos; esos varones en rangos “en formación” dentro de la fratria. De ahí que les pregunte de forma directa: “ustedes cómo le hacen...”.

El carácter de crisis que legaliza y urge esta suerte de performances semi públicos, como la clase digital, sin duda es una reacción al ambiente de género que se da a partir de la movilización, activismo y acciones de las mujeres jóvenes; del señalamiento y nombramiento de las diversas formas de violencia que la investigación feminista ha venido nombrando. Estas taxonomías y nomenclaturas superan a las normalizadas definiciones de “violencia de género”. Como expresiones de crisis son la respuesta a los lugares comunes que hablan de una “crisis de la masculinidad”, de que las mujeres busquen venganza, o de que ellas estén ganando la batalla de los sexos, etc.

Ahora, desde una microfísica sexista más amplia, su efectividad se ve multiplicada por otros recursos, como la infantilización, pero también por la complicidad que se establece desde la percepción y discursividad de las instituciones, p. ej., utilizando de manera intercambiable o vaga nociones como misoginia, sexismo o machismo. Como se ha expresado, desde la perspectiva crítica de los feminismos el sexismo es racional, organizado –esto es, consciente—; y si el machismo o la misoginia responden más a una estructura mítica o cultural, la base sexista en la universidad es la que legaliza que este docente actúe con tal cinismo. En la representación que hace con sus chistes, hay que prestar atención a la risa de complicidad –pensemos que hacia los interlocutores varones—. Hay, además, un uso de la mirada –nerviosa, móvil, insidiosa—, que también denota esa condición operativa del mandato sexista: la apelación al recurso cuyo fin es vulnerar y situar a las mujeres en el plano de las cosas.

La amplitud de recursos discursivos, retóricos, kinésicos y corporales que el profesor pone en marcha comprueban que el chiste como hostigamiento exige, manipula, compromete, coacciona y chantajea. Es tanto instrumental, pues al citar a la violencia sexual pide una actitud de silencio y pasividad, como reproductor de una “aula fría”, ahí en donde el docente intenta situarse en el “pedestal de la ley”. Exhibe su potencia y al mismo tiempo demuestra su dominio del código. Además, refuerza la estructura de continuidad, completando el trayecto que va de lo aparentemente más inofensivo a la petición, casi literal, que hace a los varones estudiantes para que ejerzan la violencia para acceder al cuerpo de sus compañeras. Se comprueba el hecho de que en todo acto “micro” es lo sexual lo que termina por establecer un anclaje con esas otras violencias mayores que Segato descubre tejidas como suma de mandatos: de la violación a la masculinidad y de ahí a la crueldad. Finalmente, desde el punto de vista de las masculinidades, como acto de hombría el chiste sexista asegura no sólo la pertenencia a la membresía del “ser hombre”, sino que asegura esos recursos de soporte que algunos varones se otorgan entre sí para asegurar el mantenimiento de un orden sexual violento que, hoy en día, aún reporta beneficios para todos, los “chichos malos” y los “chicos buenos”.

Referencias

- Mingo, A., & Moreno, H. (2017). Sexismo en la universidad. *Estudios sociológicos*, 35 (105), 571-595. <https://doi.org/10.24201/es.2017v35n105.1434>
- Mingo, A., & Moreno, H. (2019). Temor y desprecio como figuras de sexismo en la universidad. *Nómadas*, 51, 13-19. [10.30578/nomadas.n51a1](https://doi.org/10.30578/nomadas.n51a1)
- INMUJERES. Glosario para la igualdad. Consulta en línea. <https://campusgenero.inmujeres.gob.mx/glosario/>
- Buquet et al. (2013). *Intrusas en la universidad*. México: CIEG/IISUE-UNAM.
- Hernández, C., Jiménez, M. y Guadarrama, E. (2015). La percepción del hostigamiento y acoso sexual en mujeres estudiantes en dos instituciones de educación superior. *Revista de la Educación Superior*, XLIV (4) (176), 63-82. Recuperado de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=60443089004>.
- Schwalbe, M. & Schrock, D. (2009). Men, Masculinity and Manhood Acts. *Annual Review of Sociology*, 35(1), 277-295. Recuperado de <https://www.annualreviews.org/doi/abs/10.1146/annurev-soc-070308-115933>
- Schwalbe, M. (2014). *Manhood acts: Gender and the practices of domination*. Boulder: Paradigm.
- Morris, E. & Ratajczak, K. (2019). Critical Masculinity Studies and Research on Violence Against Women: An Assessment of Past Scholarship and Future Directions. *Violence against Women*, 25 (16), 1980-2006.
- Pascoe, C. J. & Hollander, J. (2015). Good Guys Don't Rape: Gender, Domination, and Mobilizing Rape. *Gender & Society*. 30 (1), 67-79. <https://doi.org/10.1177/0891243215612707>
- DeKeseredy, W. (1990). Male peer support and woman abuse: The current state of knowledge. *Sociological Focus*, 23, 29-139. Recuperado de <https://link.springer.com/article/10.1023/A:1013105118592>.
- Kenway, J. & Fitzclarence, L. (1997). Masculinity, Violence and Schooling: Challenging 'Poisonous Pedagogies'. *Gender and Education*, 9 (1), 117-134.
- Kimmel, M. (2017). *The Gendered Society*. Nueva York: Oxford University Press.
- O'Toole, L., Schiffman, J. y Edwards, M. (2007). Roots of Male Violence and Victimization of Women. En L. O'Toole, J. Schiffman y M. Edwards (Eds.). *Gender violence: Interdisciplinary perspectives* (pp. 2-9). Nueva York: New York University Press.
- Segato, R. (2019). Pedagogías de la crueldad. *Revista de la Universidad de México*. 854, 27-31.
- Bonino, L. (2014). Los micromachismos. *Revista Las Cibeles*, 2, 1-5.
- Pichel, M. (2019), "Rita Segato. Entrevista". BBC News / Mundo. Recuperado de <https://www.bbc.com/mundo/noticias-50735010>
- Unotv (2015). Por "chistes machistas y misóginos" exhiben a profesor de la UNAM en video. Recuperado de <https://www.unotv.com/nacional/profesor-de-la-unam-lanza-comentarios-machistas-es-exhibido-en-video/>